

## **De la sociedad del conocimiento a la inteligencia artificial: ¿el fin de la “historia interminable” y el triunfo de “los ladrones del tiempo”?**<sup>1</sup>

Ricardo Forster

Filósofo e intelectual argentino

1. Hubo un enunciado que se escuchó durante y después de la pandemia con sospechosa insistencia: “la nueva normalidad” que iba unida, cada vez que alguien la pronunciaba, a otras palabras algo más alambicadas como “geolocalización”, “big data”, “digitalización algorítmica” y, más recientemente, “Inteligencia artificial”. La pronuncian desde las altas esferas de la política en diversos países, se la escucha en los medios de comunicación como si fuera un mantra que afirma la inexorabilidad de prácticas individuales y colectivas asociadas a tecnologías virtuales que delinearán definitivamente nuestras vidas, la multiplican desde las redes sociales ciudadanos que imaginan que estamos entrando a un tiempo nuevo en el que nada será igual al pasado, la deslizan por sus infinitos canales las grandes corporaciones tecno-digitales -y sus ceos estrellas de un mundo de fantasía que ha pasado a ser “nuestra realidad”- que saben que ellas son las ganadoras de esta época y las que delinearán no sólo nuestro aquí y ahora postpandémico sino la dinámica y las formas del futuro inmediato.

Lo cierto es que pocos explicitaron y explicitan qué significa esa “nueva normalidad” aunque muchos destacan que ha traído aparejados cambios exponenciales en nuestro modo de vincularnos socialmente, en las formas del trabajo, en las prácticas educativas, en la manera de expresar nuestros afectos, en nuestra disminuida capacidad de imaginar y de recordar, en el modo de procesar el conocimiento, en la proliferación infinita de información y hasta en nuestra sexualidad. En los entramados públicos que dejarán de ser cajas de resonancia para que las multitudes manifiesten sus acuerdos y sus disensos con gobiernos y políticas económicas, sociales y culturales dejando que eso lo hagan las plataformas digitales que reemplazarán a los cuerpos en las calles y plazas por chats masivos, polifacéticos, multiformes, tribales donde lo virtual reemplace a lo material, donde el flujo constante de información sea el núcleo de toda forma posible de participación y donde un algoritmo nos encierre especularmente -en tanto individuos- haciéndonos creer que viajamos por una geografía abierta y plural mientras, en verdad, no salimos de nuestras habitaciones forradas de espejos en los que sólo vemos replicadas imágenes de nuestras obsesiones, nuestros deseos, prejuicios, fantasías y de aquellos que las comparten (¡bienvenidos a los guetos virtuales! ¡bienvenidos a la reducción binaria en el reino del algoritmo!).

Una nueva vuelta de tuerca a la desocialización que se profundiza y se multiplica por doquier, pero ahora bajo el amparo de la promesa digital que viene a ofrecernos, con las carac-

---

<sup>1</sup> Conferencia dictada en las Jornadas Académico-Culturales realizadas en el IPES FA en septiembre de 2025, y cedida por el autor para su publicación.

terísticas propias de sus tecnologías “amigables”, los “paraísos artificiales” que han constituido, desde los tiempos de Baudelaire y de la Revolución industrial, la fantasía de las masas de consumidores que siguen agolpándose a las puertas de la utopía capitalista. Una utopía que ya no tiene nada nuevo para ofrecer salvo la repetición de las viejas recetas bajo condiciones cada día más próximas al desastre social y ambiental. Es la humanidad la que hoy se ve apremiada por el agotamiento de los tiempos y las oportunidades para invertir el orden de las cosas. Caminamos por un desfiladero cada vez más angosto.

Recordando *La historia interminable* de Michael Ende podríamos decir que las facultades de imaginar, de fantasear y crear se van atrofiando inexorablemente dejándonos vacíos de deseos que no vengan definidos por el goce inmediato y fugaz expresado en la multiplicación del puro consumismo. Desbastada nuestra capacidad memorística, vaciada nuestra percepción del tiempo como un devenir que asociaba presente, pasado y futuro se hace fatídica realidad aquella frase de Walter Benjamin que nos decía que “el infierno es lo siempre igual, la forma de una eterna repetición del instante”. Citando nuevamente a Michael Ende pero ahora a través de su otro libro, *Momo*, nuestro tiempo, los modos tradicionales de su percepción nos ha sido robado al punto de que ni el pasado ni el futuro tienen ya nada para ofrecernos. Con ello nuestra capacidad de ensoñamiento y nuestra estructura desiderativa se van desvaneciendo hasta diluirse por completo en esa fatídica repetición de lo mismo. ¿Qué queda de lo fantástico cuando es la inteligencia artificial la que responde inmediatamente a cualquiera de nuestras inquietudes, preguntas u olvidos? ¿Desde que horizonte de sentido podríamos seguir interrogando la multiplicidad de un mundo cada vez más reducido a un giro algorítmico? ¿Cómo alcanzaremos a diferenciar lo que sería un acto genuino de creación humana de una función artificial de la lengua digital? ¿Cómo sustraernos a esta nueva forma de ignorancia que se va transformando en un goce autodestructivo? Preguntas inquietantes que, hace más de cuarenta y cinco años y cuando todavía la cibernética era una lejana promesa más próxima a la ciencia ficción que a la cotidianidad, ya nos formulaba el autor de esos dos maravillosos libros destinados a niños que, en su inmensa y abrumadora mayoría, ya no parecerían expresar a las infancias actuales en este mundo desprovisto de materialidad y de misterio y cada vez más amenazado por una forma aterradora de nihilismo que nos hace creer que lo virtual y lo artificial constituyen el horizonte de nuestras existencias devaluadas.

¿Estaremos en condiciones todavía de encontrarle su verdadero nombre a la emperatriz infantil antes de que la Nada se devoré hasta el último resto de nuestra imaginación fantástica, eje vertebral de nuestra condición humana? ¿Habrà, en este páramo tecnológico, un niño como Bastián Baltazar Bux -el verdadero héroe de *La historia interminable*- capaz de seguir hallando en un libro la alquimia de emoción, misterio, alegría, riesgo, conocimiento y ensoñación imprescindibles para continuar la travesía de un sujeto desiderativo? ¿Existirá en alguna parte de la Tierra una niña como Momo dispuesta a enfrentarse a los ladrones del tiempo para devolvernos todo el esplendor y la riqueza de unas vidas que han sido atrapadas en la cárcel del consumismo vacío y atemporal y de un productivismo ciego? ¿Podremos sustraernos al narcisismo estéril que nos hace creer que nos hemos vuelto no sólo individuos más libres e inteligentes sino también los ejes a través de los cuales gira la realidad? ¿Quedarà todavía una línea

de fuga por la que pueda reinventarse nuestra facultad de imaginar lo plural, lo fantástico y lo impredecible? ¿Seguiremos habitando un modo de ser del tiempo que nos permitirá la ociosidad del lector abierto a lo fantástico e inútil desde el punto de vista del pragmatismo eficientista? Preguntas que la literatura formula ampliando y enriqueciendo las indagaciones de las ciencias sociales y humanas.

2. Nada más alejado de la realidad que un microcosmos confundido con el universo que replicará mis fronteras intelectuales y mis limitaciones éticas y culturales haciéndome creer que mis posibilidades son ilimitadas y mis alcances cognitivos cada día mayores. Como si la sociedad contemporánea estuviera dominada, y fascinada, por el alcance demiúrgico de una Inteligencia Artificial capaz de llevarnos hacia el reino de la fantasía en el que ya no habrá errores, fallidos, lapsus, contradicciones, antagonismos porque el carácter de ese reino se define a partir de la infalibilidad tecno-científica en condiciones de sustraer lo propiamente humano de cualquier decisión falible reemplazándolo por la certeza absoluta de la inteligencia maquínica, que dejará de ser algo del orden de lo fantástico o propio de utopías decimonónicas para volverse eje articulador de nuestras vidas desplazadas hacia una periferia ausente del deseo y del sentido. ¿Estamos acaso siendo testigos y participantes de un giro radical en la historia de lo humano que nos está llevando más allá de aquellas fronteras que hasta ahora parecían demarcar nuestras existencias al punto de volver obsoletas prácticas, saberes y experiencias convertidas en pasado?

“Si todo esto suena familiar -escribió Naomi Klein en los tiempos pandémicos- es porque, antes del Covid, este preciso futuro impulsado por aplicaciones y lleno de conciertos nos fue vendido en nombre de la conveniencia, la falta de fricción y la personalización. Pero muchos de nosotros teníamos preocupaciones. Sobre la seguridad, la calidad y la inequidad de la telesalud y las aulas en línea. Sobre autos sin conductor que derriban peatones y aviones no tripulados que destrozan paquetes (y personas). Sobre el rastreo de ubicación y el comercio sin efectivo que borra nuestra privacidad y afianza la discriminación racial y de género. Sobre plataformas de redes sociales sin escrúpulos que envenenan nuestra ecología de la información y la salud mental de nuestros hijos. Sobre «ciudades inteligentes» llenas de sensores que suplantán al gobierno local. Sobre los buenos trabajos que estas tecnologías eliminaron. Sobre los malos trabajos que producían en masa.”<sup>2</sup> Prolongar estas sospechas más allá de la pandemia se convirtió en una necesidad imperiosa frente al peligro -ya efectivamente realizado- de una siliconización de nuestras vidas. Ya no se trata de una alerta pensando en un futuro lejano que se mostraba rodeado de oscuros nubarrones que no terminábamos de descifrar con nuestros catalejos modernos cuyas lentes están cada vez más ahumadas (como aquellos primeros ecologistas que describían un tiempo por venir que parecía tan ajeno y distante que pocos querían escuchar pensando que se trataba -una vez más- de profecías apocalípticas ancladas en visiones arcaizantes y retrógradas, mientras unos barbudos diputados alemanes recién llegados de Katmandú o de Woodstock pelaban en el parlamento sus naranjas. Puro exotismo mientras aún el aliento fétido de la Guerra fría seguía invadiendo un mundo anclado en sus certezas inviolables y en el sur de América Latina el horror del Terrorismo de Estado se saciaba de miles de cuerpos

<sup>2</sup>Naomí Klein, “Distopía de alta tecnología: la receta que se gesta en Nueva York para el post-coronavirus”, The Intercept, en *Lavaca*, 13/05/20.

soñadores en revoluciones imposibles).

Ahora experimentamos, en nuestras cotidianidades enclaustradas, lo que desde hace algunos años viene invadiendo sistemática e impetuosamente cada esfera de nuestras vidas. De *Blade runner* a *Matrix* las distopías cinematográficas, los cómics y la literatura entre fantástica y anticipatoria que les dieron desde siempre guiones sorprendentes se han vuelto parte de nuestro paisaje y las series de las distintas plataformas que nos alimentan bulímicamente desde los tiempos de la cuarentena reproducen, hasta el hartazgo, ese mundo que está a la vuelta de la esquina, que ya se ha metido en nuestros hogares, en nuestros cuerpos y en nuestros trabajos. Que articula nuestros vínculos afectivos y les da forma presente a nuestras pesadillas. En este sentido, no deja de sorprender la velocidad con la que naturalizamos lo que vino, en un principio, a conmover nuestras certezas y nuestro modo consumista de vivir. El Covid-19 pasó de ser el emergente de una crisis de proporciones inéditas a convertirse en una molestia que las sociedades quieren dejar atrás lo más pronto posible y negando sus consecuencias y su persistente amenaza. De la euforia crítica de los primeros meses donde nadie se callaba, a una cierta resignación que opera como una anestesia que adormece nuestras reacciones y rechazos a un sistema causante de los padecimientos sociales y planetarios. La consumación de la tragedia sería, precisamente, hacer de cuenta que ya hemos dejado atrás el peligro pandémico y sus consecuencias decisivas en nuestras subjetividades y que otra vez podremos volver a nuestras rutinas de siempre sin sospechar que nada de eso ya es posible ni deseable. El capitalismo ha sido, y sigue siendo, un sutil mecanismo que funciona como devorador de la memoria haciendo que vivamos el aquí y ahora como la única referencia temporal, como el escenario que ocupa la totalidad de nuestras existencias convirtiendo al pasado en una simple mercancía cultural de rápida y fácil digestión. A una velocidad increíble nos ha hecho creer que una nueva forma ilusoria de eternidad se ha instalado de una vez y para siempre despojándonos aceleradamente del trabajo imprescindible de la memoria. Los puentes con el ayer han sido demolidos o, peor aún, convertidos en pasadizos hacia parques temáticos sobrecargados de mercancías culturales carentes de toda potencialidad anamnética.

Klein no nos alerta respecto a lo que puede llegar a suceder. Nos señala lo que ya sucede alrededor nuestro, lo que convive con nosotros dándole una dimensión monstruosa al semiocapitalismo del que hablaba Bifo Berardi<sup>3</sup> y que fue, durante décadas, tema tanto de literaturas fantásticas como de anticipaciones distópicas. La más radical de las abstracciones modelando virtualmente la materialidad de vidas automatizadas mientras unas pocas corporaciones multiplican astronómica y pantagruélicamente sus ganancias y su capacidad de fuego. Mientras Berardi nos ofrece un paisaje desolado y un horizonte diseñado desde y para las corporaciones digitales que dejarán al sujeto vacío y replicando una obediencia simulada bajo la apariencia del goce; Naomi Klein busca no dejarse atrapar por ese agujero negro que todo lo devora. Ella vislumbra ese resquicio por el que se vuelve posible interrumpir ese *destino sellado* que pareciera traernos el semiocapitalismo feudalizado cuya última y fascinante novedad lleva el modélico nombre de “Inteligencia artificial”, volviendo propio de la máquina (que ahora carece de cuerpo

<sup>3</sup>Franco Bifo Berardi, *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*, Buenos Aires, Caja Negra, 2017.

visible y es una voz o una escritura que nos susurra melodías envolventes e hipnóticas) lo que antes era una condición exclusivamente ligada a lo viviente (en su forma humana pero también de otras criaturas de la naturaleza). Describir la escena del presente no para asumir la fatalidad de aquello que se vuelve inmodificable, sino como un proyecto integral que, para combatir más y mejor al enemigo, debe ser capaz de pensarlo, de entenderlo, de analizarlo y de imaginar las rebeldías y las alternativas capaces de recuperar el mundo que nos ha sido sustraído. La promesa del paraíso artificial puede ser la mejor estrategia del sistema para narcotizar nuestra facultad de imaginar lo diferente y lo diverso, lo real y lo fantástico, lo común y lo individual. Detrás de la idílica “sociedad del conocimiento” subyace una poderosa estructura de dominación que esta remodelando no sólo al capitalismo sino también a la humanidad. A su sombra proliferan nuevas formas del fascismo perfectamente adaptadas a estos tiempos algorítmicos.

El capitalismo ha sabido, hasta ahora, aprovechar cada una de sus crisis para ampliar su poder bajo la forma de una mayor concentración y desplegando la “destrucción creativa” como herramienta capaz de remover las estructuras “obsoletas” que frenaban su expansión ilimitada. Una vez más los poderes reales buscarán presionar con una intensidad rayana en el sadismo a sociedades exhaustas y atemorizadas que lo único que querrán es -así lo imaginan desde las usinas del *establishment* donde se diseñan las estrategias de la “nueva normalidad”- que les garanticen una servidumbre sin el abismo del desempleo y la indigencia<sup>4</sup>. Sospecho que volveremos a encontrarnos -bajo nuevas condiciones y respondiendo a imaginarios diversos y hasta contradictorios que pueden expresar tanto vertientes de genuina protesta social como manipulaciones de extrema derecha- con la oleada de movilizaciones populares que sacudieron en los últimos años gran parte del planeta como respuesta al agotamiento del modelo neoliberal y que crecieron de modo exponencial durante el 2019. Desmintiendo, tal vez, la lógica resiliente que es impulsada desde los dispositivos biopolíticos como un modo de “adaptar” a los individuos a la “nueva normalidad” que no hace otra cosa que prometer la continuidad de lo mismo. En medio del arrasamiento pandémico y de las mutaciones sufridas desde aquel acontecimiento disruptivo se abren distintas alternativas que entrarán en conflicto en un futuro cercano. Alternativas que hoy nos muestran como un fenómeno creciente y en expansión la emergencia de proyectos de remodelación social profundamente regresivos y reaccionarios portadores, al menos es lo que pareciera, de un mayor potencial que las alternativas emancipatorias que no acaban de recuperarse de sus múltiples derrotas asociadas a su tendencia, inevitable, a no reducir la complejidad

---

<sup>4</sup>El sociólogo alemán Wolfgang Streeck leyó de un modo crítico y desolado las consecuencias que la “destrucción creativa” tienen en la sociedad del capitalismo neoliberal: “La disrupción puede considerarse la versión neoliberal de la ‘destrucción creativa’: más despiadada, más inesperada y menos dispuesta a tomar prisioneros o a aceptar demoras para ser ‘socialmente compatible’. Aunque para quienes sufren la innovación disruptiva puede ser catastrófica, lamentablemente tienen que ser sacrificados como daños colaterales en el campo de batalla darwiniano del capitalismo global [...]. Téngase en cuenta que la resiliencia no es exactamente resistencia, sino un ajuste adaptativo más o menos voluntario. Cuanta más resiliencia logran desarrollar los individuos en el ámbito micro de su vida cotidiana, menos es la demanda de acciones colectivas a escala macro para contener la incertidumbre producida por las fuerzas del mercado, una demanda que el neoliberalismo no puede ni pretende satisfacer.” Streeck vislumbra un futuro próximo –caracterizado por la implosión del neoliberalismo– en el que no deberíamos contar con expectativas positivas. “El capitalismo desocializado del interregno –concluye de modo pesimista– depende de las actuaciones improvisadas de individuos estructuralmente egocéntricos, socialmente desorganizados y políticamente desprovistos de poder.” Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de sueños, 2017.

de esta época a una fórmula algorítmica.

Siempre hay que recordar -como lo hace M. Ende en sus novelas y respondiendo a una época previa donde todavía no se vivía inmerso en la expansión ilimitada de la asociación perversa de capital y tecnología digital- que cuando analizamos las transformaciones tecnológicas, cuando discutimos el impacto de la digitalización, de las redes sociales y de la inteligencia artificial es imprescindible destacar el carácter performativo de la técnica, su abrumadora potencia demiúrgica al punto de modificar de cuajo las relaciones entre los sujetos y lo que llamamos dubitativamente “la realidad”, lo mundano. Tanto en *La historia interminable* como en *Momo* los lectores somos testigos y participantes, a partir de nuestras propias experiencias y vivencias, de los profundos cambios que se van operando en nuestras vidas a partir de esa expansión ilimitada y ciega de un Sistema que ha logrado reducir la totalidad de lo viviente a mercancía. Leer a Michael Ende es colocarse en un andarivel distinto al del pesimismo absoluto y radical, por ejemplo, de un Bifo Berardi que en vez de llamar a la resistencia y a la invención imaginativa nos plantea lisa y llanamente que hay que *desistir*. Claro, me dirán, que el primero escribió lo mejor de su obra en la década de 1970 y el segundo lo viene haciendo desde bien entrado el siglo XXI. El paso del tiempo no ha hecho más que multiplicar las señales de la catástrofe. El invierno de lo humano está entre nosotros. Tal vez precisamente por eso se vuelva hoy indispensable regresar sobre esas escrituras que nos religan con nuestra facultad adormecida de soñar abriéndonos, otra vez, hacia la potencia demiúrgica de la imaginación y la fantasía.

3. El crítico vasco Joseba Gabilondo se detuvo a bucear lo que se jugaba en medio de la pandemia, aquello que podía conducirnos hacia una profundización de la autofagia sistémica o, bajo el nombre que él le da de “pensamiento apocalíptico”, un decirle basta a esa lógica que amplifica la desolación social y planetaria apostando a una alternativa no sometida a los designios de las corporaciones digitales ni mucho menos capturadas por el andamiaje instrumental de los dispositivos cibernéticos. Un resto de aliento benjaminiano recorre sus pesquisas de una época famélica de ilusiones que se desvanecen como arena entre los dedos. Un intento, valioso, por nombrar de otro modo la apertura de un tiempo que guarda la chance de una oportunidad por más débil que aparezca a nuestras miradas escépticas. “Por lo tanto, si resituamos el coronavirus frente a las revueltas populares post-2008 -afirma Gabilondo-, como dos efectos virales de una sola lógica capitalista neoliberal globalizante y heteropatriarcal, tenemos que concluir que este doble fenómeno viral (coronavirus/revueltas) es otro escenario, otro paso, otro episodio, cuyo capítulo final será la crisis o colapso ecológico que dicho capitalismo ya está generando y se convertirá en irreversible en un futuro muy cercano, digamos el año 2050. Por lo cual, lo que necesitamos es un pensamiento apocalíptico de lo que es la política de hoy día, en el sentido literal de la palabra: apocalipsis significa revelación, es decir, in-cubrir/des-cubrir aquello que estaba cubierto y que, así, permite el acceso a la verdad en el mismo acto de la revelación, del levantar el encubrimiento.”<sup>5</sup> Una apuesta que saca del cajón de sastre de la teología nada más y nada menos que el sentido último de la tradición apocalíptica, aquel capaz de anunciar los tiempos por venir en una encrucijada en la que las sociedades parecieran haber perdido el hori-

<sup>5</sup>Joseba Gabilondo, “Apocalipsis, biopolítica y estado destituyente: la precarización en tiempos de cólera”, [lavoragine.net](http://lavoragine.net)



zonte y la capacidad de orientación. Ese “in-cubrir/des-cubrir” que nos reclama salirnos de todo teleologismo y que nos enfrenta a la necesidad de eludir la tentación de una continuidad de la mano de una *repetición* que sólo nos puede conducir al desastre. Gabilondo recupera la crítica benjaminiana del progreso como una estrategia para saltar el sentido común impuesto por el sistema. El Covid-19 ha venido a romper el decurso lineal, homogéneo y vacío de la historia del modo como la hemos vivido desde la perspectiva de una modernidad capitalista agotada y estallada que intentó, bajo el paraguas de la globalización, postergar indefinidamente el tiempo apocalíptico. Un des-cubrir lo que permanecía velado y que, en la actualidad, se protege bajo la propuesta de una tecnología que vendría a salvarnos de la intemperie biológica que no conoce ni acepta los parámetros de una racionalidad exhausta.

En todo caso, tanto el cientificismo como el tecnologismo -figuras mitificadas por el sistema de la economía mundo en crisis terminal- están mostrando sus agujeros y sus consecuencias catastróficas, a la vez que se afirman en el sentido común dominante como las únicas posibilidades que le restan a los seres humanos expatriados de sus anteriores sueños utópicos de una vida distinta y afirmados ciegamente en una lógica de la repetición tecno-científica. De ahí que el “pensamiento apocalíptico” -imagina con cierto optimismo, algo fantasmático, Gabilondo- busque sustraerse a una normatividad que hace mucho que dejó de funcionar.

La “normalidad” anterior a la pandemia nos prometía -bajo la forma de una fábula que el virus se encargó de hacer trizas para evidenciar lo que efectivamente sucedía con las mayorías populares- ese escenario acogedor y sin fricciones en el que cada uno se sintiera personalmente interpelado y reconocido en sus gustos y sus necesidades. Todavía imaginábamos un mundo complementario donde lo virtual y lo corporal pudieran convivir en armonía. Y llegó el Covid-19 que nos dejó estupefactos. Los gobiernos entraron en pánico o fueron incapaces de enfrentar la pandemia más avisada de la historia simplemente porque habían desactivado en gran medida sus sistemas públicos de salud en nombre de la eficiencia, el control del gasto fiscal y la “salud” de la economía que no podía seguir despilfarrando recursos apelando a un Estado de bienestar arcaico y reaccionario que impedía la realización de las “grandes transformaciones” que harían mejores nuestras vidas. Después de las tres décadas de Estado de bienestar fue necesario poner en funcionamiento una sutil maquinaria capaz de desactivar -en lo material y en lo inmaterial, en las prácticas reales y en los dispositivos imaginarios- aquello que había sido internalizado por el sujeto. La triangulación entre economía, Estado social e igualdad -núcleo de esa época en la que el capitalismo se vio impelido a aceptar que se regule su movilidad, su tasa de ganancia y sus ambiciones- fue paciente y sistemáticamente desarmada no sólo en la vida real de las sociedades, también lo fue en el interior del sujeto, en su sensibilidad y en su lenguaje. Quebrar el Estado de bienestar se convirtió en un objetivo central, absoluto, que definió la estrategia global de la contrarrevolución del gran capital. Desde la década de 1980, cuando inicia su asalto al poder, el neoliberalismo ha funcionado como una máquina que nunca se detiene, que siempre sigue fabricando a los sujetos que necesita para ampliar y multiplicar sus recursos, su poderío y su reproducción infinita. Ese ha sido, y sigue siendo, el sueño alucinado del sistema: alcanzar la eternidad devorando a sus adversarios y superando todos los escollos al punto de fortalecerse a través de un hambre pantagruélico.

Sin imaginar la llegada del *cisne negro* que vendría a paralizar la economía-mundo, el capitalismo se enfrentó, tal vez, a su crisis más profunda que va unida, como nunca antes, a la destrucción ecológica capaz de alcanzar niveles de extinción masiva de la vida animal y vegetal en la Tierra. Para esa expansión infinita el neoliberalismo se apropió del Estado y lo puso a disposición de su sed de dominio universal. La apropiación supuso desplegar un correlato cultural-simbólico capaz de hacerle olvidar a la sociedad lo que fueron las épocas del Estado social. A lo largo de casi cuatro décadas de bombardeo mediático -utilizando todos los resortes de la industria cultural y del poder de fuego de las herramientas digitales-, de una estrategia diseñada para penetrar en lo más recóndito de las conciencias hasta diseñar nuevas formas de subjetividad adaptadas a las demandas y necesidades del sistema, lo que se logró, en gran parte, es borrar de esa memoria colectiva la presencia insoportable de otra forma Estado -y eso más allá de los límites y las contradicciones del keynesianismo que no estoy discutiendo acá pero que no pueden impedir que señalemos la distancia abismal entre aquella opción, dentro del capitalismo, y la que hoy gobierna mayoritariamente al planeta-.

Emprendedorismo, meritocracia, individuo resiliente, capital humano, gestión libre de la propia vida, son algunas de las cadenas significantes que articularon esa humanidad “nueva” que el capitalismo neoliberal necesitaba para alcanzar sus objetivos. Una doble tenaza nos aprieta hasta el desgarramiento en el presente: uno de sus lados se manifiesta bajo la ilusión arrasadora de la Inteligencia Artificial como el instrumento salvífico de una humanidad que, sin saberlo, renuncia a pensar por sí misma; y, por el otro lado, la proliferación de una ideología anarcocapitalista que reduce todas las esferas de la vida social a una hipérbole individualista y narcisista dominada por la absoluta monetización. Lo que antes podía ser propio del género fantástico, “un mal sueño de Dios” diría Franz Kafka, se ha vuelto hoy moneda corriente de una humanidad extraviada tanto de su memoria como de su capacidad de imaginar el futuro.

El filósofo español José Luis Villacañas se detuvo, en un artículo a propósito de la pandemia y cuando todavía estábamos bajo su impacto demoledor, en lo que ha significado la reducción neoliberal del Estado, sus consecuencias catastróficas y la tendencia a amplificar el camino hacia la barbarie, al tiempo que hizo una reivindicación de “otro” Estado como un instrumento sin el cual no cabría imaginar una salida posible a esa destinación autodestructiva. Reflexionando sobre la desertización contemporánea y las supuestas estrategias que el sistema buscaba implementar para sacudirse el coronavirus sin renunciar a sus privilegios homicidas, destacó que no “es la manipulación del Estado, sino la fuerza imparable de la voluntad de la especie de mantener su unidad, su comunicación, su suerte, hoy como hace millones de años” la que mueve las oportunidades y los peligros que se manifiestan cada día desde que comenzó la pandemia y que nos hace reiniciar aquello que acompaña la vida humana desde los remotos y míticos tiempos del origen. “Eso fuerza a los seres humanos a recorrer la Tierra. Mientras haya condiciones de vida diferentes, como por exclusas, los seres humanos se moverán por los desniveles de la corriente. [...] el conjunto de fenómenos que hemos descrito nos hace pensar que estamos ante un atolladero evolutivo. En estas épocas emergen las atmósferas apocalípticas en las que el fastidio de una prevención casi imposible se entrega al alivio de presentir un final en el que ya toda prevención es irrelevante. En la mayor parte de las ocasiones anteriores el ser



humano presentía el atolladero. Ahora lo conocemos. [...] alguien me decía que la humanidad siempre acaba encontrando una salida. A este amigo no le inquietaba el dato de que otras estirpes homo quedaran en el dique seco. Tampoco los costes con los que la humanidad sale de estas situaciones. Y esta es la cuestión central. Porque en estas circunstancias se olvida toda normatividad, y la especie se refugia en un darwinismo extremado que no podemos identificar sino con la barbarie. Y cuando recordamos la afinidad que Hayek estableció entre darwinismo y capitalismo, comprendemos que el capitalismo avanzará su proceso de concentración de riqueza sin tener que producir situaciones de riesgo mediante burbujas especulativas. Se limitará a aprovechar las catástrofes que vengan. Y entonces los Estados serán lo único que tengamos.”<sup>6</sup> Villacañas nos previene que sin Estado no será posible sortear esas “burbujas especulativas” que no son otra cosa que la metáfora de la perpetuación de la desigualdad, la injusticia y la violencia. Claro que para eso habrá que rediseñar completamente a esos Estados convertidos en instrumentos dóciles en manos del neoliberalismo. Ahí se dará -imagina Villacañas- una de las batallas principales del tiempo postpandémico.

4. Décadas de avanzar apasionadamente hacia el abismo siguen insistiendo sobre el sentido común al que los poderes reales buscan, una y mil veces, azuzar para que no se desvíe de esa marcha forzada hacia la catástrofe. Entre el instinto de supervivencia, ese que persistió según el filósofo español a lo largo de nuestra prolongada vagancia planetaria, y un regreso hacia un Estado que nos devuelva alguna seguridad, se juegan las menguadas posibilidades de la especie humana. Me gustaría agregar, a esta visión algo pesimista, la persistencia, también, de la potencia de la *igualibertad* como impulso “apocalíptico” siguiendo la metáfora teológica de Gabilondo y el neologismo emancipador de Etienne Balibar. Una vez más sigue siendo válida la sentencia de Franz Kafka: “Sólo por amor a los desesperados conservamos aún la esperanza” (lo propio de esta frase hoy es que “los desesperados” ya no son los “otros” sino que estamos todos incluidos, aunque no lo ignoremos). Walter Benjamin hizo suya esta frase en medio de la noche europea, cuando el fascismo se expandía sobre un continente que, todavía sin saberlo, llevaba en su interior la lógica del exterminio concentracionario. A contrapelo del sentido común dominante que no ve otro futuro que la reproducción de lo mismo bajo formato digital, eludiendo el pesimismo ontológico que olvida el “optimismo de la voluntad” y acaba por ser funcional a la lógica de la repetición, hoy resulta emancipador imaginar una ruptura en ese hilo de la continuidad histórica. Una vez más: sin garantías.

Volvamos otra vez a la escritura de Michael Ende, sabiendo que en los momentos más oscuros y difíciles la literatura -en cualquiera de sus géneros- siempre tiene algo para decirnos, una puerta que se nos abre hacia nuevos mundos y nuevas perspectivas cuya realización nadie puede garantizar pero que guarda una potencia deseante imprescindible. En *La historia interminable* lo que se nos propone es no solo un elogio de la lectura, una reivindicación de la fantasía y una nostálgica reinvención de la infancia como el territorio en el que todavía la imaginación sigue definiendo nuestro vínculo con la realidad, sino también se nos propone una mirada crítica capaz de despertarnos otras inquietudes, de ofrecernos la posibilidad de volver a soñar con otro modo de vivir al mismo tiempo que señala, sin mediatintas, los peligros que hoy, acá y ahora,

<sup>6</sup>José Luis Villacañas, “Supervivencia”, *Levante: el mercantil valenciano*, 2/3/2020.

nos amenazan como consecuencias de un sistema que no solo destruye nuestra capacidad de fantasear sino que nos lanza hacia la autodestrucción. Hay en Ende, qué duda cabe, una travesía nostálgica que lo lleva -junto con sus héroes Bastián Baltazar Bux, Atreyu y Momo- de regreso a la patria del libro, esa patria única en la que todo se torna posible. Una patria que cada lector vuelve, de algún modo, a escribir, a diseñar, a soñar y a imaginar amplificando sus sentidos y dejando de lado la uniformidad, la unilateralidad y la ortodoxia. No hay nada más herético y transgresor que la lectura de infancia. Lectura que hoy sufre ataques impiadosos y que vuelve vulnerables tanto a los niños y niñas como al incierto futuro que se desprendería de una sociedad carente de imaginación creadora y de aquellos lectores capaces siempre de ir un poco más allá. Leer es también guardar en la memoria, atesorar palabras y frases, aventuras y desdichas, pasiones de distintos calibres, todo aquello que hoy es amenazado por una tecnología que, sin que nos demos cuenta o ignorando y subestimando lo evidente, nos va expropiando memoria y recuerdos hasta volvernos sujetos pasivos que ya no pueden imaginar nada que se sustraiga a la Inteligencia Artificial.

5. La angustia, el miedo y la demanda de seguridad se multiplicaron. Y ahí estaban, listas y disponibles, las tecnologías digitales que harían más amable la noche de la cuarentena que lejos de retrotraernos a la Edad Media, como decían algunos, nos conducirían directamente al futuro que nos esperaba a la vuelta de la esquina pero que todavía no alcanzábamos a disfrutar en plenitud. Tecnologías que no sólo nos permitirían sortear el aislamiento social poniéndonos en contacto virtual con parientes y amigos, sino que también habilitarían otras formas de trabajo, de educación y de control del virus, ofreciéndonos la posibilidad no sólo de protegernos del contagio y de los peligros del afuera, sino que harían más acogedor y seductor el adentro de nuestros hogares. El ideal, hasta ahora utópico, de una vida “completamente segura” se vuelve cada vez más próximo allí donde aceptemos que serán las tecnologías digitales las encargadas de reducir al máximo la peligrosidad de existencias corporales que conviven con amenazas que provienen de un mundo materialmente inseguro y de su propia condición “fallida”. Para nuestra tranquilidad -eso también se repite como un mantra desde la usinas mediáticas que replican a los Bill Gates, Elon Musk y Jeff Bezos de la nueva aldea global-, la geolocalización, nos permitirá, entre otras cosas *fascinantes*, que podamos seguir -y por qué no desactivar con la ayuda de las fuerzas de seguridad- cada una de las amenazas o de lo que produce algún ruido o disturbio en nuestra cotidianidad -sea un virus, un terrorista, un afiebrado que no lo sabe e igual sale de su casa, un indocumentado, un supuesto ladrón, un manifestante y un largo etcétera que incluye seguimientos múltiples por parte del “gran ojo”-. En nombre de la salud y del cuidado se pondrá en funcionamiento un dispositivo de alcances fenomenales que acabará por auscultar cada milésima de nuestros movimientos y de nuestros cuerpos, adentro y afuera de nuestras casas haciendo añicos cualquier resto de privacidad o intimidad que nos queda en una sociedad dominada por las pantallas, los geolocalizadores y el higienismo puritano elevado a religión de Estado por los mismos que hicieron lo posible por desarmar los sistemas de salud en nombre de la rentabilidad, el equilibrio fiscal y los protocolos inviolables del gasto público<sup>7</sup>.

<sup>7</sup>El cinismo del sistema lleva a la construcción de un relato en el que el cuidado de la salud aparece como objetivo central cuando lo principal es proteger a las compañías de seguros médicos y al fisco de los altísimos costos producidos, por ejemplo, por el tabaquismo. Mientras se desfinancia la salud pública y se beneficia el

La ya delgadísima línea que separa lo íntimo de lo público simplemente desaparecerá. Bancarizados e insertos en el éter de internet, cada una de nuestras acciones -comprar un libro, salir a cenar, ver una película, encontrarnos con un amigo o amiga, planificar un viaje, fumar marihuana mientras escuchamos música, sacar un crédito, tomar el tren o el avión, escribir un panfleto contra las injusticias del mundo- serán registradas e irán a esas nubes virtuales -y absolutamente fantasmagóricas- desde las que toda la información de nuestras vidas estará a disposición para ser usada a nuestro favor o en nuestra contra dependiendo de una coma o un punto mal o bien puestos en el discurso del poder. ¿Eso es lo que deseamos como corolario de una pandemia que le abre las puertas a la vigilancia generalizada? ¿Será la nuestra una sociedad organizada a partir de los algoritmos capaces de adelantarse a nuestros deseos más ocultos y reguladores de nuestra transformación en sujetos automatizados que no haremos otra cosa que responder a los incentivos pregonados por la googlenización del mundo? ¿Seremos capaces de sustraernos a la geolocalización universal rebelándonos contra la captura de cada uno de nuestros movimientos? ¿Terminará la Inteligencia Artificial de atrofiar ya no solo nuestra capacidad neuronal de memorizar nombres e historias sino, más grave aún, de reducir cada vez más nuestra inteligencia crítica, nuestra facultad de reflexionar y argumentar sin tener que echar mano del instrumento tecnológico? Preguntas que no quieren prefigurar un futuro distópico<sup>8</sup> pero que no pueden dejar de merodear los contornos de un mañana inhóspito para lo que hasta ahora considerábamos propio de la condición humana.

Nuestras casas se convirtieron en mónadas que, a través de sus “ventanas” virtuales, nos abrieron el universo en su diversidad supuestamente polifónica e inacabable. Horas y horas de pantalla se transformaron en nuestras actuales formas de socialización y de información. Se multiplicaron de modo exponencial los flujos virtuales que alimentan infinitamente, y como nunca antes, los algoritmos que le permiten a las grandes corporaciones tecno-digitales

---

crecimiento del negocio privado, se amplía el discurso higienista que asume rasgos punitivos. El capitalismo ha sabido, a lo largo de su historia, *administrar* la vida y la muerte de los seres humanos teniendo como objetivo central garantizar su expansión y la tasa de ganancia. Compañías de seguros y farmacéuticas han sido las grandes ganadoras de la privatización de hecho de la salud, su conversión en una mercancía más. Como ejemplo tragicómico es la noticia de que Michael Flor, estadounidense de 70 años residente en Seattle, recibió una factura, después de dejar el hospital en el que fue tratado por Covid-19, ¡por la exorbitante y delirante suma de 1.122.501 dólares! Aunque gracias a los arcanos del sistema y por tener más de 65 años Flor se verá beneficiado porque tuvo la suerte de que su seguro estaba cubierto por los fondos públicos del Medicare. Otros 250000 pacientes internados por lo mismo no tendrán ese beneficio –salvo que reúnan las mismas condiciones que Michael Flor– que quedó como un minúsculo exponente de un proyecto, el de Barack Obama, reducido a su mínima expresión por Donald Trump. Todo indica que, de no mediar fuertes resistencias, el capitalismo emergente de la pandemia seguirá como si nada hubiera pasado transfiriendo masivamente los costos a las mayorías y quedándose con los beneficios.

<sup>8</sup>Riguroso y anticipatorio es el libro de Evgene Morozov -*La locura del solucionismo tecnológico*, Buenos Aires, Capital intelectual, 2016- en el que se dedica a descomponer y desarmar, uno a uno, todos los supuestos “beneficios” de las tecnologías digitales. El capítulo “Los peligros de la mediación algorítmica” no tiene desperdicios, en él nos muestra lo que significa la utilización del algoritmo como *organizador* de nuestras vidas, como la herramienta lógico-digital a partir de la cual Google, Facebook, Amazon o cualquiera de las otras plataformas irán dirigiendo nuestras decisiones, anticipándose a nuestros deseos -incluidos los que ni siquiera sabíamos que teníamos-, controlando nuestros movimientos y vigilando el estado de nuestra salud. Entre el geolocalizador y el algoritmo la libertad acabará por convertirse en un arcano, en una palabra vacía que, en el mejor de los casos, nos remitirá a una época en la que éramos dueños de nuestras acciones. Nos espera, sin dudas, una gran batalla que, como en otros tiempos, se librará en nombre de la libertad pero, siguiendo a Michael Ende, también en nombre de la imaginación crítica. Con urgencia deberíamos agregar la indispensable batalla por la igualdad.

con sedes californianas, construir una gigantesca malla de información, conocimiento y vigilancia como jamás existió respecto a nuestros gustos, nuestros movimientos, nuestros deseos inconscientes, nuestras angustias, nuestros miedos, nuestros prejuicios, nuestros códigos genéticos, nuestra salud, nuestra actividad física y sexual, nuestros saberes, nuestras inclinaciones políticas e ideológicas, nuestras transgresiones, nuestras ignorancias y nuestros errores que ni siquiera sabemos que los estamos cometiendo. Como un gigantesco *Aleph* borgeano en el que se condensa la totalidad de nuestras vidas sin que seamos del todo conscientes de lo que significa este flujo incesante que se alimenta de nosotros ya no sólo para transformar en mercancías nuestros gustos, inclinaciones y deseos sino para desplegar, como nunca antes en la historia de la humanidad, una red de control y vigilancia que hace del panóptico diseñado por Jeremy Bentham un rudimentario instrumento arquitectónico para vigilantes improvisados.

Quizás con un cierto apresuramiento el filósofo italiano Giorgio Agamben, cuando todo recién estaba comenzando, alertó sobre la relación entre la pandemia y el “estado de excepción”, anticipó una expansión ilimitada de los controles y de la vigilancia bajo la modalidad de tecnologías del seguimiento que encuentran en la geolocalización y en el algoritmo instrumentos formidables como nunca antes se tuvo en la secular existencia de las estrategias biopolíticas de la modernidad burguesa. Tal vez se adelantó al rostro cadavérico del virus y su impacto en los cuerpos reales, pero no por ello su alerta careció de verosimilitud ni mucho menos mereció el rápido rechazo y hasta desprecio de un sinnúmero de voces que se levantaron para lapidarlo en la plaza pública como si hubiera cometido un pecado inexcusable. El estado de excepción está entre nosotros, se ha colado junto al Covid-19 acelerando su expansión a través de las tecnologías digitales que amenazan con transformar nuestras vidas reales en simulacros, nuestra intimidad en una quimera inalcanzable y nuestra libertad en una acción subversiva. Pero también es cierto -y acá me permito distanciarme de Agamben-, que necesitamos un Estado -como lo señaló Villacañas en el artículo antes citado- que, en momentos únicos, deba actuar con una lógica que proviene de esa excepcionalidad que después debería abandonar en nombre de la democracia, la igualdad y la libertad. Es fácil decirlo y mucho más difícil sortear las consecuencias performativas que esas acciones despliegan en la vida de las sociedades. El peligro está allí y, tal vez precisamente por eso, no podemos comprar, sin beneficio de inventario, el paquete entero que buscan vendernos las corporaciones de Silicon Valley.

Álvaro García Linera lo ha dicho con claridad y contundencia: “Los seres humanos somos seres globales por naturaleza y nos merecemos un tipo de globalización que vaya más allá de los mercados y los flujos financieros. Necesitamos una globalización de los conocimientos, del cuidado médico, del tránsito de las personas, de los salarios de los trabajadores, del cuidado de la naturaleza, de la igualdad entre mujeres y hombres, de los derechos de los pueblos indígenas, es decir, una globalización de la igualdad social en todos los terrenos de la vida, que es lo único que enriquece humanamente a todos. Mientras no acontezca eso, como tránsito a una globalización de los derechos sociales, es imprescindible un Estado social plebeyo que no solo proteja a la población más débil, que amplíe la sanidad pública, los derechos laborales y reconstruya metabolismos mutuamente vivificantes con la naturaleza; sino que además democratice crecientemente la riqueza material y el poder sobre ella, por tanto, también la política, el

modo de tomar decisiones que deberán ir cada vez más de abajo hacia arriba y cada vez menos de arriba hacia abajo, en un tipo de Estado integral que permita ir irradiando la democrática asociatividad molecular de la sociedad sobre el propio Estado.”<sup>9</sup>

La reivindicación que García Linera hace de una *globalización* de los derechos y de la igualdad, en la que el “Estado plebeyo” sea expresión de los incontables se choca de frente, en la actualidad, con dos desafíos antagónicos al espíritu de emancipación: por un lado, la sed inabarcable e incommensurable del capitalismo de querer seguir buscando las rutas de la ganancia y las estructuras políticas, institucionales y tecnológicas que le permitan seguir reduciendo la *globalización* a flujo de capitales y de mercancías multiplicando la concentración y la desigualdad, la pobreza y la exclusión y avanzando promiscuamente hacia la desertización planetaria; por el otro lado, su otro antagonista será la ideología de las derechas autoctonistas y xenófobas capaces de criticar a la *globalización* -sea la del neoliberalismo o la del “Estado plebeyo”- como la causante de gran parte de esos males que hoy sacuden, aterrorizan y crispan a esas masas medias y populares que sienten que son las convidadas de piedra en las propuestas globalizadoras. Esas extremas derechas apelan al arraigo, a la identidad nacional, a una autenticidad de viejas resonancias fascistoides en detrimento del multiculturalismo que ha venido arrasando los modos de vida, los valores y los enraizamientos de quienes sólo quieren recuperar su orgullo racializado y patriarcal. Aunque, en latitudes como la nuestra, asume el carácter de la lógica destructiva del anarcocapitalismo: eufemismo que encierra la más cruda crueldad asociada al goce de la ignorancia. Si hay una dimensión antagónica a la imaginación y a la fantasía, que nada tiene que ver con las aventuras de Bastián Baltazar Bux que buscan devolverle a los seres humanos su capacidad de soñar e imaginar, es el dominio pleno y monstruoso del mercado sobre todas las esferas de la vida.

Asumiendo la perspectiva emancipadora -y habiendo señalado los peligros que nos acechan y que seguramente García Linera no desconoce-, permítaseme sospechar de las bondades de las tecnologías de la geolocalización y de los algoritmos que se articulan como ingenieros de la vida social a partir de las plataformas digitales y que se ofrecen como los grandes instrumentos que el sistema nos ofrece para garantizar un futuro más seguro -que no quiere decir más hostil a la desigualdad ni a la violencia ni tampoco capaz de revisar el irreparable daño ambiental mientras van arrinconando nuestras libertades y nuestro derecho a la intimidad-. Hay un resto de incompletud, de ambigüedad, de lógica asimétrica, de azar y de misterio que hacen de la vida en general, y de la de los humanos en particular, una experiencia laberíntica e imprevista incluso para los que suponen que tienen, al fin, las tecnologías todopoderosas capaces de alcanzar la más pura transparencia. Siempre quedará una mancha, un resto de opacidad, una migaja de suciedad capaz de impedir que hagan su trabajo final las máquinas de la limpieza totalitaria. Quizás seguirá entre nosotros ese Bastián Baltazar Bux capaz de atravesar los desiertos de la incredulidad para dejarse llevar por un libro que guarde la promesa de una imaginación iluminante y transformadora.

---

<sup>9</sup>Álvaro García Linera, “Pánico global y horizonte aleatorio”, conferencia inaugural en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, 30/3/2020.